

do; si los antiguos funcionarios porfiristas siguieron sus conocidos procedimientos con corrosivo mal ejemplo, no puede negarse, en cambio, que la influencia del pueblo sobre sus mandatarios llegó a hacerse sentir de manera desconocida hasta entonces y que el ejemplo del Jefe Supremo de la Nación, su franca alianza con las multitudes y sobre todo el cotidiano espectáculo de sus virtudes privadas y públicas, habría llegado a producir, andando el tiempo, sus naturales frutos. Es cosa bien sabida que la causa principal, si no la más visible e inmediata, de las rebeldías populares, es la injusticia. Sometido al Ejecutivo, el Poder Judicial no era bajo la dictadura más que un simple instrumento de despojo y de exacción. El juez de México se llamaba Inigo, el de Veracruz Dehesa, el de Orizaba, Gómez, el de Río Blanco, Reynaud, pues la Compañía Industrial de Orizaba era tan omnipotente como la San Carlos Copper Co., como la Plantagenesellschaft (perdón!) Triunfo und Porvenir, como la Compañía de Cananéa, como los agentes de Rothschild en el Boleo, como Cueto, Rabasa o Rau en Chiapas; Torres, Terrazas o Almada en el Norte; Molina, Valenzuela o los chuetas mallorquinos del Banco de Tabasco en el Sur. Cada grupo tenía su capatáz, cada caserío su esbirro, cada comarca su árbitro, cada estado su tirano. Y aquel capatáz, aquel esbirro, aquel tirano no eran los servidores del pueblo, sino los agentes de intereses particulares subordinados al despóta. La tiranía no era un hombre, sino un sistema pulpolar que tendía sus mil tentáculos por todos los campos de la República. Lo arbitrario, lo atentatorio, lo vejatorio: no se conocía otro método ni otro recurso. El balazo del comandante, el chicotazo del capatáz, el fallo ilegal e inicuo, el brutal despojo, la disposición caprichosa, la despiadada consigna, todo inapelable, todo impune. El bueno cedía al malvado y el malvado se acogía al despóta. Apenas si hubo mexicano que no tuviera de que quejarse. Los funcionarios, indolentes y apáticos para todo, sólo se mostraban diligentes y aun violentos cuando se trataba de vulnerar un

derecho, de imponer una injusticia, pues entonces, la orden venía "de arriba" y el celo oficial se desplegaba imperioso, sin estorbos, sin protestas. ¿A qué pintar ociosamente lo que todo el mundo conoce?... Un capitalismo corruptor, un funcionarismo corrompido y un incivismo palpable, "plástico," metido en el cerebro de todos los criollos desorientados por aquel prolongado cautiverio de sus conciencias. Tal fué la triste herencia que Madero recogió de la Dictadura.

Ahora bien, ¿En qué medida logró corregir aquel estado de cosas? Nadie que goce del uso pleno de su razón, puede pretender que se transforme un país en quince meses después de cuatro siglos de esclavitud y treinta y cinco años de dictadura que estragó el sentido moral prostituyendo a la justicia. Madero quería jueces honrados y comenzó por emanciparlos devolviendo al poder judicial el pleno ejercicio de su soberanía. No pretendió, seguramente, que desde el primer intento vinieran a goberarnos y a juzgarnos angelitos color de rosa directamente importados del paraíso, cuidadosamente empaquetados en algodónadas y níveas nubes, no; pero sí quería hombres honrados en un sentido humano y "posible." Y tuvimos algunos, no obstante la incansable rebelión—franca o hipócrita—de los enemigos de su sistema. Durante los quince meses de su gobierno, la independencia del poder judicial fué efectiva. Empezó por abolir la "consigna," la "tarjeta." En "El País" del 26 de Septiembre de 1913 puede verse la siguiente declaración del diputado Moheno: "CUANDO GOBERNABA EL SEÑOR MADERO, EL PODER JUDICIAL RECOBRO SU INDEPENDENCIA, LA QUE VOLVIO A PERDER POR COMPLETO AL ASUMIR LA CARTERA EL LICENCIADO REYES. LA SUPREMA CORTE ES MENOS RESPETADA AHORA QUE UN JUZGADO DE PAZ. EL LICENCIADO REYES DEBIO HABERNOS DICHO COMO HA DIGNIFICADO A LA JUSTICIA QUE HOY ES TAN ASQUEROSA COMO EN TIEMPOS DE LA DICTADURA PORFIRIANA." He allí a Díaz,

a Madero y a Huerta, juzgados por el "factotum" de la reacción en un convulsivo espasmo de cólerica sinceridad! Y no citamos su testimonio con alegría ni orgullo.... Cuando semejantes hombres entran en la verdad, dan ganas de salirse de ella. (1).

De Madero puede decirse lo que Humboldt de Lamartine: "Un cometa cuya órbita no ha podido calcularse aún." ¡Cuán pocos son, en efecto, los contemporáneos del Apóstol capaces de abrazar con la mirada todo el curso del astro! En cualquier lugar en que me encuentre, experimentando nuevas sensaciones, frente a la gran ola de Biarritz o en la cima del Pirineo; sobre las colinas del Languedoc que bajo el peso de ciento treinta mil hombres en plena maniobra, al estruendo de la metralla y el cañón parecen ajorobarse, sumergirse; en New-York, en Málaga, en Costa-Rica, en todas partes, la sombra del gran incomprendido parece buscar, en mi espíritu, un pensamiento que jamás le niego. La gran sombra, cada vez, aparece más blanca y más luminosa y pienso con fuerza que un día devorará el horizonte; que lo que pareció quimera, trocarse en realidad; que el que vió el porvenir, será vengado por el porvenir; que el hombre de los presentimientos y los presagios será vengado por los acontecimientos; que el que con su esfuerzo, su optimismo, su sacrificio idealizó la primera revolución, será reconocido como el más grande obrero de la revolución definitiva, porque su grito sublime habrá repercutido en

(1) La vergüenza de los más encarnizados enemigos de Madero no es bastante fuerte para enmudecerlos. El periódico "La Nación" del 5 de Noviembre de 1913 se refiere al Apóstol-Presidente en los siguientes términos:

"Un día esos Tigelinos (así llama "La Nación" a los amigos del Apóstol) se le acercaron para pedirle una gracia: "Que se amordazara a la prensa; que se suspendiera "El Mañana" y que se castigara duramente a los que esos adúladores llamaban libelistas." D. Francisco I. Madero, con su habitual sonrisa, les contestó: "Muéstrenme la ley que me autorice a obrar de esa manera." Y como ésta no existía y no obstante acabaran sus consejeros amenazándole con el derrumbamiento de su poder, contestó aquel hombrecito, a veces grande, a veces pequeño, siempre incomprensible; "Prefiero hundirme con la ley a sostenerme sin ella."

los grandes montes pelados del Norte, como en las altas y frondosas cimas del Sur....

Terrible drama! Se concibe algo más trágico que ésta oposición al más perfecto de los hombres, de todos los hombres de su tiempo? Pero no importa. Cuál de los grandes reformadores ha sido comprendido por sus contemporáneos? Cristo, Galileo, Sócrates, Savonarola.... Aun hoy día, dos siglos después de Voltaire, el profesor Thalamas afirma que Juana de Arco era una prostituta, una "fille a soldats". Cuál es el hombre capaz de realizar en este planeta todo su sueño? Inconcluida, la obra de Madero, como trunca la vasta epopeya que llevaba en su enorme corazón. Pero está indicada y basta. Si su obra, como su vida, fué efímera, deja algo que, en la gran gradación del tiempo, contiene esta cosa sublime: el Ejemplo. El ejemplo de vivir y morir en una idea fraternal y humana. El hombre que luchó intrépido contra los furores de la reacción sin emplear en un país de arbitrario y de chicana ni chicana ni arbitrario; el que levantó su voz sincera y entusiasta para emprender un combate sobrehumano, realizó la más gloriosa de las ascensiones: *Apostolado, Insurrección, Triunfo, Martirio*. Estamos, los de su tiempo, más inclinados a pesar los inconvenientes que los beneficios; pero para aquellos que supimos comprenderlo, el espectáculo de esa muerte venida de un golpe para llevarse ese gran polvo, si llena de lágrimas nuestros ojos, pone en nuestro corazón al propio tiempo, en nuestro corazón abierto a la decepción y al hastío, esa flama que es esencia, es flor, es vida: la Fé. Y qué es lo que todo esto nos inspira? Poesía? Filosofía? Política? Quién sabe! Sólo sé que aquel hombre fué sincero y fué bueno y fué justo. Sólo sé que vió lo que los demás no vieron. Sólo sé que si se le hubiera escuchado, si se le hubiera creído, si no se le hubiera traicionado, se nos habrían ahorrado grandes desgracias, y que México, esa gran "hacienda" hirsuta y salvaje, estaría hoy en lenta, pero segura evolución política, económica y social.

Aquí está, presente en mi memoria. Estamos en Orizaba. El propietario del Hotel de Francia, señor Leroy, le dice en francés: "el Jefe político mandó avisar que si usted dice algo que nó le agrada, lo mete en la cárcel". Y el hombrecillo aquel, sin inmutarse, extendiendo los brazos a lo largo de su cuerpo, con gesto de resignación, le contesta tranquilamente: "Qué hemos de hacer..." Media hora después, aquel extraño propagandista salía al balcón, presentándose ante un auditorio que llenaba la ancha Calle Real: "estamos gobernados por hombres que tienen manchadas las manos con la sangre de nuestros hermanos.... acuérdense del (fecha de los fusilamiento de Rio Blanco).... estamos gobernados por asesinos...."

Creí que no acabaría de pronunciar la terrible palabra, —pues el Jefe político Gómez, el Jefe de la policía y varios personajes del gobierno se habían instalado en el cuarto contiguo— pero el hombrecillo, imperturbable, seguía hablando terriblemente, refiriéndose sin ambages, al Dictador cuya caída reclamaba. Le veo, le tengo presente en la memoria.... Su semblante no tiene una arruga, ni sus ojos, sus hermosos ojos llenos de luz, una sombra de odio. Este hombre habla infatigablemente, habla como respira, convencido de necesario, de imperioso proselitismo. Habla sin retórica, pero tampoco esto lo turba. Su valor va hasta afrontar la crítica, porque sabe que es necesario y además comprende que dice lo que quiere y se le escucha con recogimiento. Su gesto es corto y rápido. (1). Los "pelados", única clase

(1) De todos nuestros oradores, Madero es quizá el único que jamás preparó sus discursos o por lo menos que no abusó de citas de autores ni plagió sus frases o pensamientos. La perfecta sinceridad del Apóstol no fué la menos hermosa de sus virtudes. En México, es bien sabido que para alcanzar prestigio ante los semi-civilizados que forman la masa criolla, la apariencia, la actividad y otras boberfías bastante fáciles de adoptar por el imbécil más rudimentario, son elementos tan seguros de éxito como hablarles de lo que no entienden. Nada se parece tanto en la actitud a un hombre que piensa como un hombre que no piensa: como nada está más al alcance del más vulgar chupucero de ideas que la pluma de un mercenario o el estante de su biblioteca.

que "escucha" en México, siguen escuchando ávidamente. Qué dice para que se le escuche así? Ofrece el cielo? la luna? la parcelación de las tierras, como tanto se dijo más tarde? el aumento de los salarios? o quizás censura a los opresores, a los patronos, a los ricos? Ofrece la reducción de los impuestos? Nada de esto. Tampoco habla de la virgen ni de los curas. Absoluto es su respeto a la opinión religiosa o política. Como era esta la primera vez que lo veía dirigirse al pueblo; como por otra parte, conozco los recursos y procedimientos oratorios de nuestros demócratas mexicanos, franceses, americanos y también he oído hablar a españoles, aquella manera tan original, "tan nueva" de buscar prosélitos sin ditirambo, sin propósito de atraer el aplauso, sin emplear la vieja fraseología de seguro efecto, me causó profunda sorpresa. Tampoco habla de religión ni de clases. Su idea es puramente política. Para él, en la libertad está todo. Con la libertad se tendrá todo. En ese capítulo está el de cuerpo entero: "resistir, reprimir, no basta. Es necesario que tengamos un gobierno surgido de la voluntad del pueblo. Lo que los gobiernos necesitan es merecer la confianza de la nación y tener fé en el pueblo, el amor del pueblo, el celo de la felicidad de las masas".

Tan extraordinario orador para nada se preocupa de adular a su auditorio. Por el contrario, el moralista surge a cada instante y le dice que esa libertad, hay que prepararse a merecerla. Muchos meses más tarde, en Monterrey, en el momento de las elecciones que lo elevaron a la presidencia, se dirigía al pueblo en los siguientes términos: "La suerte de ustedes no se mejorará nunca por la voluntad exclusiva de los gobiernos, sino sobre todo por la voluntad de ustedes. El deber de los gobiernos es instruirlos, pero ustedes deben aprender a conocer sus deberes antes de merecer el ejercicio de sus derechos.... Es preciso que lleven a sus mujeres todo su salario.... que no se emborrachen. Nuestro pueblo es uno de los más alcoholizados de la tierra y esto es

nuestro gran mal...." Y por la noche, en el balcón del Casino, en el momento de la más frenética aclamación que yo haya jamás visto, estas proféticas palabras, demostrativas de que aquél gran sincero que no hablaba al pueblo de "vos" como lo hacen todos los oradores españoles e ibero-americanos, sino de "usted", no era un cándido; que aquel novicio, al entrar a la gloria en plena juventud, de un solo salto, no sa dejaba embriagar por el entusiasmo de las muchedumbres: "*deseo que esta acogida no sea la que se hace siempre a todos los triunfadores....*"

En su número del 25 de Abril de 1914, "El Herald de Cuba" publica un artículo del expresidente Taft relativo a la política mexicana de Woodrow Wilson. De él extraigo el siguiente párrafo que no dejará de sorprender a ciertos mexicanos que sin atreverse ya a desconocer la buena fé de Madero, se empeñan en declararlo loco o en negar por lo menos, su inteligencia:

"Madero se equivocó también (Mr. Taft se refiere en los párrafos anteriores a los errores del General Díaz); él no estaba indicado para aquella situación porque no era militar y porque era un hombre generoso y caballeresco, un Woodrow Wilson mexicano y entiéndase que esto no implica desdén por nuestro presidente, sino por el contrario *mi convicción del talento y virtudes de aquel desgraciado víctima de.... las circunstancias ayudadas por Huerta.*"

Y casi a renglón seguido el siguiente vaticinio:

"Huerta, el dictador-caricatura que ahora sufre México, antes de rendirse a los rebeldes, obrando en carácter, provocará una intervención armada por los Estados Unidos con la cual él tendrá dos ventajas: ser vencido por fuerza mayor y salvarse de ser ahorcado sumariamente por sus vencedores y paisanos".

He aquí como juzga Taft la conducta de su sucesor:

para con Huerta: "Quiero creer que los informes que en esa época me proporcionó mi agente oficial allí, el ministro americano, si no fueron todo lo exactos e imparciales que yo tenía derecho a esperar, eso se debió a la tan usual confusión que experimentan los testigos oculares y participantes con responsabilidades oficiales en situaciones anormales y críticas; pero nunca dudé, sin aventurar ningún juicio incompatible con mi posición oficial entonces, que la evidencia circunstancial se acumulaba abrumadoramente incriminatoria para Huerta como parte instigadora en el doble asesinato de los presidentes mexicanos y la circunstancia que agravó su traición al deponer al jefe de aquel estado, fué aprovecharse del delito apropiándose ilegalmente del poder".

"De no haberme yo hallado a la razón, como he dicho, próximo a abandonar el gobierno a una nueva administración; o si la llamada a suceder la mía hubiera sido integrada por Republicanos, es decir con punto de vista y tendencias políticas en armonía con las mías, yo habría adoptado una actitud enérgica para con Huerta; pero aparte de la perplejidad en que me hallaba al darme cuenta de que mi Ministro aconsejaba con temporización con aquel, por aquello de que donde todo es malo hay que preferir lo menos perjudicial, mientras que la prensa de los Estados Unidos y los americanos residentes en México se dirigían a mí y a los miembros del Congreso pidiendo protección contra Huerta y censurando a mi Ministro, la circunstancia de asumir las riendas del poder mi sucesor Mr. Woodrow Wilson, personaje que con tanta insistencia había proclamado que gobernaría en ayuntamiento con sus teorías políticas *sui generis* en cuanto a su impracticabilidad de adaptarse como reglas inflexibles, fué causa de que yo decidiera asumir una política de "statu quo" ante la situación mexicana; algo así como lavarme las manos, por mas que preveía y temía que esa situación creada por la traición y la violencia, inevitablemente nos envolvería,

más o menos temprano, en complicaciones internacionales con el régimen improvisado allí”.

Reproduzco en seguida dos interesantes discursos del Apostol-Presidente, pronunciados en los meses de Septiembre y Octubre de 1912:

“Señores representantes del pueblo, señoras y señores:

“El Ejecutivo quiso dar a las fiestas que se celebran con motivo del aniversario de nuestra Independencia, inusitado esplendor, porque a la vez que conmemorábamos tan glorioso aniversario, veíamos reunido por vez primera, un Congreso libremente electo. Este acontecimiento que será de trascendentales consecuencias para la República Mexicana, viene a constituir un cumplimiento de las promesas de la revolución de 1910.

“Los que de todos pretextos se valen para atacar al Gobierno, pretenden que la revolución de 1910 contrajo innumerables compromisos con la Nación y no es exacto, señores. Yo, que había sido designado como candidato para la Presidencia de la República en una convención verdaderamente popular, al ir a reivindicar los derechos que yo consideraba usurpados por medio de unas elecciones fraudulentas, iba únicamente a hacer respetar el derecho sagrado del pueblo, de designar sus mandatarios y por eso la principal promesa de la revolución fué asegurar la libre emisión del voto, fué la del Sufragio Efectivo.

“Yo he tenido la convicción de que desde el momento que un pueblo tiene aseguradas sus libertades políticas, tiene asegurado igualmente su futuro engrandecimiento y su prosperidad, porque desde el momento que todo el pueblo colabora para la cosa pública, que es quien designa sus mandatarios y sus legisladores, tengo la convicción absoluta, de que con su maravilloso instinto, se ha de fijar en los hombres más dignos y apropiados para sus destinos.

“En el Informe Presidencial que tuve la honra de leer en las Cámaras, debí ser lacónico en cuestiones políticas por exigirlo así la índole de tal documento; pero he querido aprovechar esta oportunidad, que considero solemne por haber concurrido la gran mayoría de los representantes del pueblo, para extenderme algo sobre las importantísimas cuestiones políticas que actualmente preocupan a todos los mexicanos.

“Quiero principiar por hablar de la actitud del Gobierno, a fin de desvanecer los cargos que se le han pretendido hacer.

“El primer cargo que hacían los que todo sacaban partido para atacar al Gobierno, era que habíamos violado la soberanía de los Estados. Al principio pudieron decirlo; pero muy pronto la corriente de opinión ha sido tan poderosa para justificar al Gobierno en su actitud, que no hay quien se atreva a repetirlo, y en efecto. ¿Qué podía y qué debía hacer el Gobierno a mi cargo cuando en algún estado, so pretexto de ser soberano, algún Gobernador de esos que aún no se han compenetrado con los sagrados principios de la revolución quiere violar el Sufragio, quiere imponer por la fuerza a algún otro para Gobernador? Indudablemente el Gobierno a mi cargo tiene contraído con la Nación el solemne compromiso de velar en toda la extensión de la República por las garantías constitucionales, y no hay una garantía de las que otorga la Constitución, más sagrada y que yo tenga más obligación de respetar y hacer respetar, que la que asegura la libertad de emitir el voto popular.

“Por esa circunstancia, cuando en algún Estado he sabido que se pretende violar ese sagrado derecho del pueblo, he procurado, valiéndome de los derechos que me dá la Constitución, y más que todo, por medios amistosos, influir para que esos Gobernadores respeten la voluntad del pueblo. Creo que observando esa conducta cumpliré con mi deber, porque éste no se limita únicamente a lavarme las manos como Poncio Pilatos y manifestar que no debo o no puedo influir en tal o cual Es-

tado para arreglar las dificultades que haya; no señores, yo creo que por mayores dificultades que sean, siempre debo afrontarlas a fin de hacer que esa sagrada conquista de la revolución no vaya a ser ultrajada, no vaya a ser un mito”.

“Si alguna vez llega a suceder que los esfuerzos del Gobierno no alcancen el éxito que se desea, no tendré por qué afrentarme, por lo contrario, estaré orgulloso, porque, por lo menos habrá demostrado con esos esfuerzos, que no apoyo atentados de esa naturaleza, que no me hago cómplice de ellos y en mi actitud se verá la protesta del Gobierno a mi cargo contra esa clase de usurpaciones, y el pueblo se acostumbrará a considerar al Ejecutivo de la Nación como el principal defensor de sus derechos electorales.

“En cuanto a las elecciones para Diputados, el Gobierno sabía que dejando libertad al pueblo, éste mandaría a sus representantes más dignos; ni un solo momento vaciló en ello el Gobierno, ni pretende tener mayor sabiduría que el pueblo.

“Y ahora recuerdo el primer artículo que escribí en la primera lucha política hace seis años y que se llamaba “Vox populi, vox Dei,” desde entonces estaba firmemente convencido de que “la voz del pueblo es la voz de Dios,” que el pueblo nunca se engaña y que dejándolo libremente que elija sus gobernantes, siempre sabrá elegir a los más apropiados para regir sus destinos.

“La mejor prueba de esta conducta del Gobierno son vosotros mismos, los Representantes del pueblo lo confirmáis, vosotros sabéis cuán legales son los títulos que os han traído a las Cámaras.

“El Gobierno desea, ha deseado que en toda la República las elecciones sean completamente libres. Debo confesar que en algunas partes de la República no hubo esa libertad que se deseaba; pero no fué debido al Gobierno de mi cargo, que hizo cuantos esfuerzos estu-

ron a su alcance porque se respetara el voto público, y la prueba es que la opinión sanciona la conducta del Gobierno en este caso, es que aplaude la conducta de los Ministros de Gobernación y Justicia que son los que han debido intervenir en estos casos. En esta línea de conducta, sus esfuerzos no tan sólo han merecido mi constante aprobación, sino mi estímulo cuando ha sido preciso, y por esa actitud tan digna se han hecho acreedores a toda mi confianza y a toda mi estimación.

“Únicamente queda un cargo que se hace al Gobierno. Se dice que es un Gobierno débil, que es un Gobierno que no está unido, que no está fuerte. Se considera al Gobierno débil, porque se vé a los que más le atacan disfrutar de todos sus derechos, pasearse libremente por las calles de la metrópoli y por todo el territorio de la República. Pues, no señores, eso no es prueba de debilidad, eso es prueba de que el Gobierno tiene la conciencia de su fuerza que está basada en la Justicia y en la Ley. Ya la prueba de que el Gobierno es fuerte, es que en muy pocos meses ha logrado dominar la revolución más poderosa que ha llegado a haber en México.

“Cuando se firmaron los tratados de Ciudad Juárez, cuando el Dictador tuvo que salir huyendo de la República, la revolución de 1910, no tenía en su poder las importantes plazas que llegó a tener la actual revuelta, no contaba con la tercera parte de los elementos de guerra que tuvo la actual revolución, y ¿por qué venció entonces? porque contaba con la opinión pública, y porque el actual Gobierno sigue contando con ella, después de la retirada de Rellano que parecía presagiar el triunfo de la rebelión orozquista y la caída del Gobierno, permanecimos impávidos, ni un solo momento vacilamos, ni un solo momento perdimos la fé, porque sabíamos que arriba de la fuerza de las armas estaba la fuerza del derecho, que contábamos con el pueblo y que podríamos armar tantos soldados cuantas armas tuviéramos disponibles. En aquellos momentos, el pueblo tuvo oportunidad de estar en contacto conmigo, y con unas frases que no ol-